

SIMILITUDES PAISAJÍSTICAS Y FUNCIONAMIENTO REGIONAL DEL ARCHIPIÉLAGO BALEAR

Onofre Rullán Salamanca
Universitat de les Illes Balears
Departament de Ciències de la Terra

RESUMEN

A partir de la consideración de las islas Baleares a diferentes escalas (extrainsular, insular e intransular) se describen los elementos básicos para la comprensión del funcionamiento regional del archipiélago. Las dudas geográficas sobre la existencia de «lo balear» se presentan como propias de los análisis insularistas más localistas de la realidad geográfica insular, mientras que el análisis del archipiélago en su conjunto hace resaltar numerosas similitudes interinsulares y el análisis a escala extrainsular disipa cualquier duda sobre la unidad de la región balear. Como en tantos otros casos, según la escala y resolución de trabajo, los resultados obtenidos varían desde la negación de la existencia de las islas Baleares como región hasta su más concluyente afirmación. En cualquier caso la tendencia a la internacionalización de las relaciones económicas y a la globalización conduce a afirmar el cuño balear frente a la pretérita diversidad de paisajes y modelos de organización que habían hecho dudar sobre la unidad geográfica de las islas Baleares.

Palabras clave: Islas, Baleares, Escala, Órdenes de magnitud, Comarcas, Regiones.

ABSTRACT

Since the consideration of the Balearic Islands from different scales (extra-insular, insular and infra-insular) the basic elements for the comprehension of the regional behaviour of this archipelago are described. The geographic doubts about the existence of «*the Balearic*» are presented as those more characteristic of the insularist and localist analysis of the geographical insular reality. Although, the overall analysis of the archipelago highlights many inter-

Fecha de recepción: mayo de 2002.

Fecha de admisión: junio de 2002.

insular similarities, the extra-insular analysis dissipates any doubt of the unity of the Balearic region. According with the scale and the resolution of the piece of work, the results obtained vary from the deny of the existence of the Balearic islands as a region, to its more decisive affirmation. Anyway, the tendency towards the internationalisation of the economic relations and the globalisation leads to affirm the Balearic mark. This fact becomes acute against the doubt of its regional identity, based on the diversity of their former landscape and territorial models of organisation.

Key words: Islands, Balearic Islands, Scales, Magnitude orders, Levels of resolution, Districts, Regions.

Las perniciosas consecuencias de la observación, análisis, propuestas y gestión fragmentada de la realidad geográfica no derivan únicamente de la «miopía sectorial». El despiece temático es sólo una de las dos caras de la incompleta mirada, por segmentada, que hace de la realidad el mundo científico actual. La otra cara deriva no del tema sino de la pieza, no del atributo sino del elemento observado, analizado, ordenado y gestionado. Tan incompleta es la visión temática como la «integral» cuando los límites del objeto, la región en nuestro caso, se han petrificado ignorando las cambiantes relaciones territoriales.

De la misma manera que en ocasiones se acusa al geógrafo sistemático de visión con anteojeras, lo mismo podría decirse del geógrafo regional que analiza «integralmente» un lugar o una región, por grandes que sean, sin, como mínimo, atender a los lugares o las regiones vecinas. Ni los temas ni las regiones son compartimentos estanco que puedan explicarse ni comprenderse sin contextualizar más allá de los límites académicos o político-administrativos oficialmente establecidos.

El vecino, temático o regional, no depende de la distancia sino del paso de una frontera. Si, además, estamos de acuerdo en que *la distancia no puede definirse independientemente de las actividades* (Harvey, 1983: 223) y que éstas son numerosas y enormemente volubles, debemos forzosamente concluir que solamente podremos acercarnos al espacio geográfico con ciertas esperanzas de éxito si entendemos los temas y las regiones como convenciones de nítida definición pero de límites difusos, de frontera, normalmente, sinuosa. Las filas zonales, las columnas temáticas o los cubos que genera la matriz de información geográfica si se incorpora la dimensión temporal, están circunscritos por límites en apariencia, sobre todo gráfica, herméticos. Pero que cuando «entramos en el encasillado» de la matriz para intentar comprender el funcionamiento tanto de variables geográficas sistemáticas como de unidades regionales descubrimos que, en realidad, estamos ante unidades que varían gradualmente conforme nos acercamos al vecino de fila, columna o cubo; y que tal variación tanto puede ser debida a la dinámica interna como a la influencia externa.

Así como entre las «columnas» biogeográficas y las geomorfológicas o entre las económicas y las urbanas se dan evoluciones graduales difícilmente deslindables, lo mismo ocurre entre las filas zonales, entre los lugares, los paisajes o las regiones vecinas. La realidad regional, como la sistemática, es incomprensible si se analiza con mirada autista.

A finales del siglo XIX Paul Vidal de La Blache afirmaba que *cualquiera que sea la porción de la tierra que estudie* [el geógrafo], *no puede limitarse a ella ya que un elemento gene-*

ral se introduce en toda nuestra investigación local (Capel, 1981: 340). Esta afirmación es irrefutable al analizar las islas Baleares de principios del siglo XXI, sin contar con la globalización se nos hace imposible la comprensión de la región balear en general y de sus paisajes en particular. Con la definitiva y radical ruptura de la organización más o menos autárquica de los territorios insulares, la «introducción de elementos generales» a escala local ha sido masiva. La segunda mitad del siglo XX, con el turismo como principal actor, ha arrasado con casi todos los elementos locales pre-turísticos. Si hasta este momento los elementos generales más notables que permitían comprender la geografía balear eran los de carácter natural (relieve bético, clima y vegetación mediterráneas) o cultural (cultura catalana, paisajes mediterráneos), la irrupción del turismo ha extendido la impronta de los elementos generales extrainsulares a todas las relaciones y a la organización económica del archipiélago, al tiempo que ha crecido, más allá del mundo mediterráneo, el ámbito y origen de la influencia exógena en el campo de lo cultural y lo económico.

1. COMARCAS Y REGIONES EN TERRITORIOS INSULARES

Para el geógrafo tanto las comarcas de mesoescala como las regiones de pequeña escala son un producto humano, son el reflejo, sobre el medio natural, de los procesos históricos y de la estructura socioeconómica dominante en cada momento de la historia. En los tiempos actuales tal reflejo sólo se manifiesta formal y paisajísticamente después de haberlo hecho funcionalmente; hoy, especialmente en los países centrales, la forma sigue a la función, el paisaje se construye a partir de los impulsos que los procesos socioeconómicos generan. Una situación a la que se ha llegado, paulatinamente, desde la revolución industrial.

En los territorios preindustriales era el condicionante natural quien preferentemente se reflejaba sobre la estructura socioeconómica, era la «forma» quién generaba «funciones». De ahí que en los países centro y norte-europeos, emergentes tras la revolución industrial, hayan tenido más éxito y difusión las llamadas regiones económicas, reflejo cambiante de las cambiantes relaciones socioeconómicas. Todo ello a partir de las teorías, no lo olvidemos, de los economistas cobijados bajo el manto de «su» Ciencia Regional¹. De ahí la anglosajona manifestación de que «la región no existe» sino que es un esquemático perfil superficial que simplemente delimita el alcance espacial de las relaciones socioeconómicas dominantes en cada momento.

Frente a esta concepción, en los países de mayor densidad histórica, en los países de tradición urbana preindustrial, en el mundo mediterráneo, la tendencia es a pensar y proclamar que «la región existe», la huella de la historia sobre el territorio así lo demuestra. Tan densa ha sido la experiencia de ancestrales relaciones socioeconómicas que han dejado una traza territorial que el análisis geográfico no puede pasar por alto, hasta el punto de considerar estas formas y sus funciones como parte del medio geográfico. No resulta ajena a esta recurrente disputa epistemológica la más general querrela entre las tradicionales concepciones historicistas del sur, que persiguen la comprensión del territorio, frente a los modernos pensamientos positivistas

¹ Recordemos que la mayor parte de los «padres» del moderno «Regional Analysis» han sido economistas: Thünen, Weber, Richardson, Isard, Lösch. Lista a la que la geografía únicamente aporta la destacada figura de Christaller.

del norte, que buscan la explicación; el espacio relativo no euclidiano del norte, frente al espacio continente y absoluto del sur; al fin y al cabo es la disputa entre los que piensan que la región «es» una estructura y los que piensan que la región «posee» una estructura.

Las estructuras socioeconómicas dominantes, evidentemente, han sido cambiantes a lo largo de la historia y, en función del tipo de relación que éstas han establecido con su entorno, se han utilizado diferentes paradigmas para explicar, entender y clasificar el medio geográfico. Cada enfoque analítico-clasificador ha generado una determinada tipología de comarcas o regiones, según la escala al uso, que van desde las regiones o comarcas fisiográficas propias de medios nada o poco transformados por la acción humana, hasta las actuales regiones difusas en que el grado de artificialización del medio ha alcanzado su máximo histórico. Entre ambos extremos se situarían las regiones geográficas y las urbanas, las primeras formalmente deudoras de la actividad agropecuaria dominante y las segundas construidas a partir de las nuevas áreas de influencia de las ciudades que la revolución industrial impulsó.

La secuencia que ha acompañado la evolución artificializadora del desarrollo económico en las sociedades occidentales (caza-recolección, agricultura-ganadería, industria-comercio y actividades cuaternarias) normalmente se analiza y clasifica respectivamente a partir de las llamadas regiones naturales, geográficas, urbanas y difusas. Las dos primeras suelen dar como resultado regiones formales mientras que las dos segundas clasifican regiones funcionales. La ruptura fundamental, por tanto, se da entre la formal región geográfica fruto de siglos de actividad agropecuaria preindustrial y la funcional región urbana producto de la ciudad industrial; la región natural y la difusa no son más que el precedente de la región geográfica y el corolario de la región urbana respectivamente. Todo ello en una secuencia que, transformando el paisaje, va de lo natural a lo artificial (figura 1).

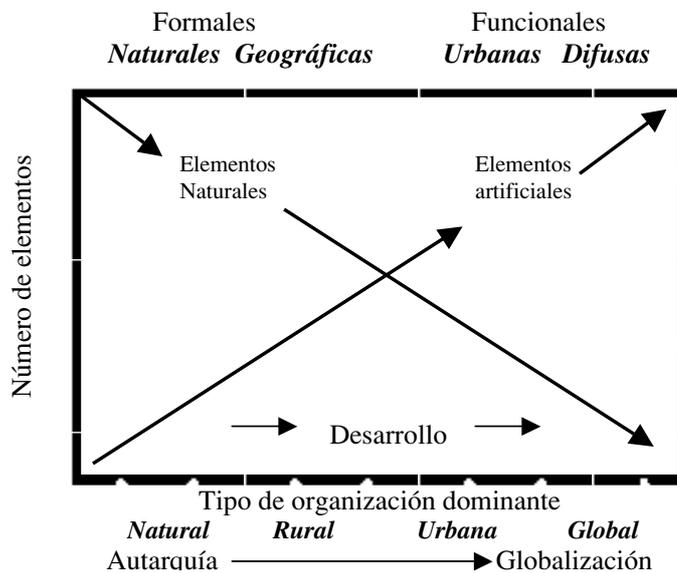


Figura 1. Tipo de regiones.

La gran ruptura entre el análisis de las regiones geográficas y las urbanas, lo es asimismo entre las temáticas preferentes de los trabajos geográficos. De describir los paisajes agrarios a explicar, a veces sin comprender, las funciones urbanas, es cuando la geografía urbana se impone a la agraria y cuando ésta muta para pasar a denominarse geografía rural. La preferente dedicación de los geógrafos clásicos a la geografía agraria así como la preferencia de los neopositivistas de los 60 y 70 por la geografía urbana refleja asimismo aquella ruptura. El postpositivismo de final de siglo XX ha revuelto nuevamente las aguas de aquella antigua disputa.

En cualquier caso resulta útil seguir el modelo sectorial de crecimiento económico, del primario al cuaternario, para comprender los paisajes y las regiones con que nos encontramos hoy en día. De hecho la diferenciación entre regiones naturales, geográficas, urbanas y difusas es un reflejo de aquel modelo que nos servirá para clasificar paisajes, pero si queremos comprender el funcionamiento regional no nos quedará más remedio que analizar holísticamente el funcionamiento del mosaico resultante de la superposición sobre el medio natural de sociedades primero agrarias, después industriales y finalmente de servicios (Figuras 2 a 5).

Cuatro capas de información de diferentes raíces históricas que hoy funcionan como un todo y que si se analizan diacrónicamente nos dan a entender, parafrasando a Chueca Goitia, que el espacio siempre es el mismo pero el medio geográfico nunca es lo mismo. El pen-



Figura 2. Comarcas naturales.

Los elementos naturales dominan el paisaje de las comarcas naturales.



Figura 3. Comarcas geográficas.

La agricultura y la ganadería han transformado el paisaje de las comarcas geográficas.



Figura 4. Regiones urbanas.

Las ciudades, gracias a su actividad industrial, expanden sus influencias sobre su región urbana.



Figura 5. Regiones difusas.

La terciarización y globalización de las economías centrales generan regiones difusas formalmente discontinuas y funcionalmente entremezcladas.

samiento positivista presenta algunas dificultades de acercamiento a este producto histórico que es el territorio; por su parte el historicismo humanista suelo ser más proclive a comprender las tensiones que subyacen bajo la apariencia aséptica del «espacio geográfico positivo».

Para acercarnos al paisaje y al funcionamiento de un territorio históricamente tan denso y económicamente tan globalizado como las islas Baleares, no es posible prescindir de la descripción formal ni del análisis funcional y para entenderlo se impone contextualizar el medio geográfico balear en su entorno extrainsular, tanto en lo referente a los aspectos naturales como artificiales.

1.1. Semejanzas y vínculos regionales extrainsulares

La rotundidad delimitadora de las islas, el indiscutible límite formal de la cota cero, ha concentrado el interés de los investigadores en los aspectos formales de aquéllas. Los aspectos relacionales con el exterior han sido analizados sólo muy recientemente, cuando se ha empezado a diferenciar conceptualmente entre insularidad y aislamiento. La visión romántica de las «islas aisladas», ajenas a lo que acontecía en el exterior, hizo concentrar al observador en el particularismo etnológico de la llamada sociedad preturística, como si la conexión de las islas Baleares con el exterior se inaugurara a medianos del siglo XX con la irrupción de la

economía turística. Dos grandes falacias acompañaban, y en muchos casos aún acompañan, esta visión de las islas Baleares.

La primera consiste en considerar que la sociedad preturística balear era agraria y, por lo tanto, autárquica, desconectada del exterior. Un tópico que solamente es de aplicación, y aún con importantes matices, a las islas de Ibiza y Formentera. Tal concepción únicamente reconocía a Menorca como inserta en contextos internacionales, una inserción que derivaba evidentemente de sus fases de pertenencia a las coronas inglesa y francesa y que habrían generado la singularidad de la «vía menorquina al crecimiento» (Farré-Escofet, 1977). Para el caso de la balear mayor sólo ahora empieza a reconocerse que la Mallorca preturística no era exclusivamente agraria sino que contaba con un potente y dominante sector comercial que posibilitó la ruptura definitiva de la autarquía ya desde la edad moderna y con un sector industrial de vocación asimismo exportadora que superó al resto de sectores en la primera mitad del siglo XX (Manera, 2001 y Rullan, 1998).

La segunda falacia consiste en considerar que, aún reconociendo la innegable ligazón que el turismo estableció con el exterior, la sociedad y el territorio no turístico seguía ajeno a él y, consecuentemente, al exterior. La «zona» y la «temporada» turística supuestamente no se habrían mezclado con la sociedad y territorio indígena. Ahí reside una de las más perniciosas consecuencias de los análisis formales del paisaje y de la realidad geográfica que incitó, a finales de los años 70, una ruda discusión entre el historicista y formalista Vicenç M^a RosSELLÓ y el neopositivista y funcionalista Alberto Quintana².

La evolución económica y territorial de los 80, y sobre todo de los 90, ha enterrado completamente las visiones endemísticas de la realidad insular y, aunque siguen vigentes algunos tópicos aislacionistas³, hoy ya nadie duda que las islas Baleares son lo que son en función del contexto internacional en el que están insertas.

En cualquier caso las semejanzas y vínculos regionales extrainsulares que puedan establecerse, imprescindibles para comprender la realidad regional balear, son de muy diversa índole según nos refiramos a elementos naturales o artificiales, al medio abiótico, al biótico, al socio-cultural o al económico y administrativo.

Empezando, como suelen hacer los tratados estructuralistas, por la geología y la geomorfología, el vínculo regional de las islas Baleares se da con el mundo bético y, si se quiere más concreción, con el subsistema prebético. Como parte emergida del llamado promontorio balear estamos ante la prolongación marina del alicantino cap de la Nau, ejes de plegamiento y mantos de corrimiento orientados de SW a NE empujados hacia el NW durante la orogenia alpina. Por tanto vínculo geomorfológico con el SW —con el SE peninsular—, un vínculo que en el ámbito político y humano sólo fue dominante cuando las Baleares eran las islas orientes de al-Andalus (903-1229).

Situadas en el centro de la cuenca occidental del *mare nostrum*, se ha señalado el clima de las islas Baleares como arquetipo de clima mediterráneo, templado, no árido, con verano

² Véase al respecto la diferencia de pareceres que se suscitó a raíz de la lectura de la tesis doctoral del segundo (Quintana Peñuela, 1979) en el año 1975 (Salvà Tomàs, 1975).

³ Véase sino cómo la discontinuidad física del archipiélago con el continente ha provocado, a finales de siglo, la no consideración de las islas Baleares como pertenecientes al arco mediterráneo o latino, obviando cualquier tipo de relación funcional más allá de lo estrictamente formal (Pons Izquierdo, 2000).

seco. Un clima que asemeja las islas a toda la cuenca mediterránea —especialmente a su sector más occidental— con la que ha estado emparentada toda la historia y el paisaje insular. Hasta la llegada del turismo de masas todas las influencias políticas y humanas habían sido, como el clima, mediterráneas, se había funcionado «sin salirse del clima mediterráneo» lo que forjó una fuerte huella paisajística acorde con el clima. Esta huella sólo se verá truncada por la conexión humana con «climas extramediterráneos» gracias al turismo de la segunda mitad del siglo XX.

En correspondencia con las afinidades lito-climáticas, las características biogeográficas pertenecen plenamente a la región mediterránea. La flora balear, instalada a partir de vías de penetración tanto tirrénicas como bético-africanas, cuenta con un elemento de variedad justificado por el papel de encrucijada de las Baleares, mientras que su aislamiento es la base de una relativa pobreza (Rosselló, 1977: 17), con más del 50% de las especies vegetales omnimediterráneas o mediterráneo-occidentales y con muy poca presencia tirrénica, ibérica o africana. En este contexto mediterráneo occidental la tendencia general «tira a meridional» (Rosselló, 1977: 19) por cuanto, superficialmente, domina la provincia austromediterránea frente a la boreomediterránea. En su conjunto las islas Baleares, biogeográficamente, son más africanas que europeas.

Por su parte el elemento humano instalado en las islas Baleares está formado por cuatro estratos culturales: el catalán, el peninsular, el europeo y el extraeuropeo. El sustrato cultural catalán proviene de la conquista cristiana del siglo XIII y ha sido totalmente dominante hasta la llegada, entre 1955 y 1973, del primer y masivo contingente migratorio peninsular que, con el desarrollo turístico, convirtió a las Baleares en una comunidad inmigratoria frente a la secular tendencia emigratoria. El crecimiento en infraestructuras especialmente las aeroportuarias, la efectiva incorporación a la esfera político-económica europea y el general crecimiento económico de la década de 1990, el tercer «boom» turístico (Rullan, 1998 y 1999a), aportará dos nuevos contingentes inmigratorios que se agregarán al estrato indígena-catalán y al más reciente peninsular. Se trata del contingente europeo que pasará a convertirse en propietario y residente habitual diferenciándose del turista ocasional que desde los años 60 venía «visitando» las islas. El crecimiento experimentado con el tercer «boom» turístico, más urbano-residencial que turístico convencional, ha aportado el elemento humano y cultural extracomunitario (mano de obra), atraído gracias al mayor índice de crecimiento jamás experimentado por las islas Baleares.

Cada estrato humano y cultural ha hecho su aportación material a los paisajes insulares. La cultura catalana es la responsable de la mayor parte del paisaje agrario mediterráneo que aún cubre superficialmente el archipiélago; con el crecimiento turístico de los años 60 y 70 se litoralizó la urbanización y crecieron las ciudades al estilo europeo y peninsular; con el crecimiento de los 90 la urbanización de cuño residencial permanente europeo se generaliza, se construye la región difusa, y las ciudades se suburbializan para acoger a los cada vez mayores contingentes de inmigrantes extracomunitarios. Todo ello en un contexto de crecimiento de la densidad que, al tratarse de islas, resulta perceptualmente más asfixiante de lo que lo sería en territorios peninsulares.

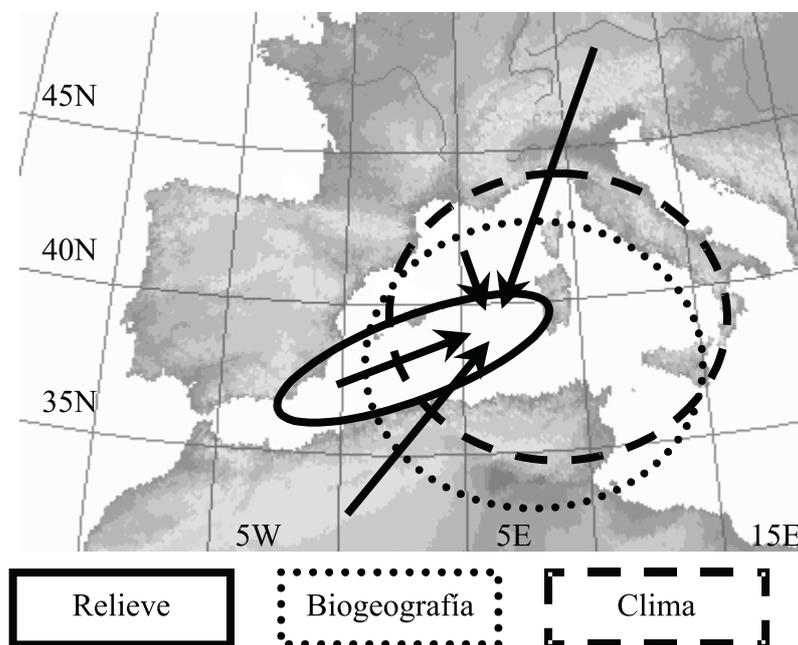
Mientras tanto los lazos políticos de las islas han sido establecidos con España, especialmente desde el siglo XVIII, y, más recientemente, además con Europa. Con todo ello nos encontramos con una comunidad de semejanzas paisajísticas aún mediterráneas, de caracte-

rísticas naturales que «tiran hacia el sur» y de vínculos humanos y socio-económicos que «tiran hacia la península y Europa» (mapa 1).

La tendencia, por lo tanto, está marcada por el establecimiento de unos vínculos extrainsulares de origen cada vez más distantes al mismo tiempo que, temática y espacialmente, diferenciados. Ello parece conducir a un escenario homogeneizador y globalizador, a un nuevo producto resultante de la fusión de ingredientes originales importados desde orígenes cada vez más distantes, a la disolución del espacio geográfico.

Ese «trend» globalizador es centralizador cuanto a la toma de decisiones y desconcentrador cuanto a la manifestación de los resultados, es la madurez funcional de los homogéneos procesos universales que se manifiestan localmente de la forma más heterogénea. Si el modelo globalizador resultara sostenible⁴ estaríamos ante «el fin de la geografía» (Ortega, 2000: 506-8) entendida como el estudio, a macroescala, de regiones diferenciadas espacial y funcionalmente. Sin embargo la misma integración de los procesos globales nos sitúa ante meso y microescalas con formas y procesos cada vez más diferenciados pues, como es bien sabido, la globalización unifica procesos al tiempo que desagrega y diferencia los resultados. El lugar y lo local siempre existirá, la incógnita está en saber si en el futuro las relaciones entre lo global y lo local serán de equilibrio o si, como ahora mismo, la macroescala dominará sobre la variopinta microescala.

Ésta es la tendencia que, como en tantos otros lugares, se advierte en las islas Baleares. Una tendencia globalizante a la que se oponen formas espaciales en decadencia funcional y



Mapa 1. Semejanzas y enlaces extrainsulares del archipiélago balear.

algunos muy recientes procesos locales de resistencia al proceso exógeno. Veamos cuáles son estas formas locales manifestadas a escala inter e intrainsular, a meso y microescala, a escala regional y comarcal.

1.2. Similitudes y enlaces interinsulares

Antes de descender al detalle de la comarca local e intrainsular, en un archipiélago se impone la comprensión de diferencias y similitudes existentes entre cada una de las islas tanto en el ámbito formal como en el funcional. La línea de mar, la cota cero, ha sido históricamente la frontera más potente de las vividas por los habitantes de las islas Baleares, una visión dual del mundo entre Mallorca y no Mallorca, Menorca y no Menorca⁵, Ibiza y no Ibiza e incluso Formentera y no Formentera que afecta particularmente al sustrato cultural y poblacional catalán y que hoy se refleja en la peculiar organización administrativa de la comunidad autónoma en consejos insulares.

Las islas Baleares no fueron organizadas administrativamente de forma conjunta⁶ hasta la creación de la extinta Diputación Provincial (1812-1978). Lo balear, por tanto, nace de la mano centralizadora y liberal del siglo XIX que se consagrará con la división provincial de Javier de Burgos de 1833 y atañe, casi exclusivamente, a la organización administrativa. El mismo nombre de «Baleares» reaparece sólo a partir del siglo XVIII de la mano de la primitiva diputación y provincia aprovechando la moda neoclásica de rescatar de los archivos todo lo que sonara a greco-romano. Al no existir la cosa, administración interinsular, no existía el nombre, Baleares; al crear la cosa, Diputación Balear, se impone el rescate del fósil toponímico, provincia de Baleares. Un nombre que se ha mantenido hasta 1997 en que las Cortes españolas rebautizan el archipiélago con el nombre en catalán de «Illes Balears», un topónimo ahora formalmente catalán pero de origen centralista.

La transición de la Diputación a la comunidad autónoma se lleva a cabo mediante la llamada fase pre-autonómica (1978-1983) en la que el llamado Consell General Interinsular se constituye a partir de los tres consejos insulares (Mallorca, Menorca e Ibiza-Formentera). El estatuto de 1983 se construye asimismo a partir del modelo insularcita —el parlamento estará formado por los distintos diputados insulares ya que la circunscripción electoral es la isla— y las sucesivas reformas del estatuto (1994 y 1999) así como las leyes de consejos insulares (1989 y 2000) no hacen más que profundizar en el modelo insularcita que la centralización provincial liberal española había revocado.

La tradición insularista, recientemente reconocida desde la organización administrativa, ha formado numerosos tópicos, no faltos de bases objetivas, como la consideración de cada una de las Baleares como pequeños continentes en miniatura, las islas más aisladas del Medi-

4 Cuestión que no pretendemos abordar y que nos situaría fuera de las pretensiones de este artículo.

5 En el caso menorquín el insularismo se ve reforzado por la pertenencia a las coronas inglesa (1713-1756, 1763-1782 y 1798-1802) y francesa (1756-1763). El siglo XVIII menorquín proporcionó modernidad a la isla que se truncó con la incorporación definitiva a la corona española, de ahí que algunas lecturas de la historia del siglo XVIII menorquín reivindiquen la «insularidad perdida» en 1802.

6 Eludimos deliberadamente las referencias a la provincia romana, bizantina o la ya comentada situación administrativa de época musulmana.

terráneo (Deffontaines, 1967: 173). Toda esta teoría se fundamenta en la nitidez de la delimitación física y humana, en el mayor número de diferencias que de similitudes, en las numerosas contradicciones que se dan entre cada una de las islas, etc. Se trata de tópicos que han surcado reiteradamente la descripción de las islas Baleares y que han venido a encajar con la reciente, en términos históricos, construcción insular de la comunidad autónoma de las islas Baleares. El discurso geográfico ha sido contundente:

La insularidad, en nuestro caso determinada por el mar, que a la vez que unirlas las separa, actúa en cada una de ellas en diferentes direcciones, dando lugar a tres formas de vida diferentes, tres mundos distintos que no admiten un apelativo humano común: lo balear no existe como determinativo en la vida de las islas. (Barceló, 1969: 302).

Pero ¿son realmente las islas Baleares tan diferentes entre sí? En absoluto, si bien la mediterraneidad puede haber favorecido el matiz insular del lugar, son numerosas las similitudes interinsulares. Pero, en cualquier caso, la reciente construcción del territorio turístico ha sobrevenido el principal elemento unificador de los paisajes insulares, la especialización funcional balear es, con matices locales, una; el crecimiento inducido por agentes exógenos unifica, ya sea el estimulado por la actividad agroindustrial de la economía colonial del XIX y primera mitad del XX o el provocado por el turismo de la segunda mitad del XX.

En cualquier caso la existencia o no de lo balear, circunscrito al campo del debate teórico y geográfico, depende también del grado de proximidad que en cada momento han guardado los geógrafos con respeto al archipiélago. Desde la «lejanía» de la península las islas Baleares han sido observadas como unitarias, una unidad que se ha desvanecido tras el «acercamiento» del investigador. Véase sino la impresión que sobre el tema destacaba Vilà Valentí en 1950:

La consideración de las islas Baleares como una unidad geográfica parece va dejando paso, al profundizarse en su estudio, a una idea más compleja en la que cobran todo su valor matices hasta hace poco inadvertidos y, en cierto aspecto, individualidades que no pueden ser desconocidas. (Vilà, 1950: 389).

Pero veamos en qué se parecen y distinguen las islas Baleares.

Hasta la ocupación romana, en la antigüedad clásica, los comerciantes griegos diferenciaban las islas Gimnesias (Mallorca y Menorca) de las Pitiusas (Ibiza y Formentera), las primeras estaban habitadas por sociedades indígenas de posible sustrato indoeuropeo (la cultura talayótica), mientras que las segundas gravitaban y dependían directamente del mundo fenicio-cartaginés. Los romanos incorporaron el topónimo Baleares circunscribiéndolo primeramente a las Gimnesias griegas para, posteriormente, abarcar la totalidad del archipiélago. La distancia entre Mallorca e Ibiza (82 Km.) es más del doble de la existente entre Menorca y Mallorca (36 Km.) y prácticamente la misma que separa Ibiza del alicantino cap de la Nau. Este hecho, más el diferente cuño cultural del mundo clásico prerromano, sin duda marcó la comentada diferenciación entre los subarchipiélagos gimnesio o balear (Mallorca y Menorca) y pitiuso (Ibiza y Formentera).

Sin embargo, desde el punto de vista geológico y geomorfológico, puestos a agrupar, se impone la analogía de las Pitiusas con Mallorca bajo la cobertura del relieve alpino del domi-

nio bético; mientras que Menorca, singularmente su mitad norte, presenta un paleozoico y mesozoico silíceo emparentado con Córcega, Cerdeña y el antiguo macizo catalano-balear.

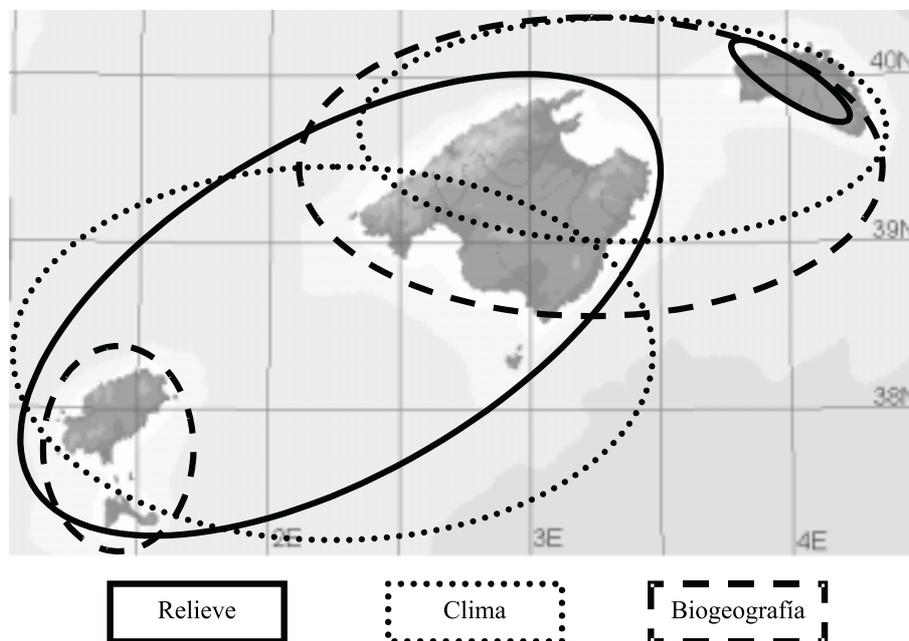
Si lo que se analiza es el clima el gradiente N-S o NE-SW resulta clarísimo. De la húmeda Menorca y mitad norte de Mallorca hasta el semiárida mitad sur mallorquina que se africaniza aún más en las islas de Ibiza y sobretodo Formentera. El variado clima de Mallorca juega ahí un papel de gozne entre la casi radical diferencia de los dominios climáticos balears.

Los dominios de la vegetación, como en la antigüedad clásica, agrupan Mallorca y Menorca de un lado e Ibiza y Formentera del otro. En efecto, aun reconociendo la decisiva influencia del clima en la conformación de los dominios vegetales, el mundo vegetal boreo-mediterráneo del encinar únicamente aparece en Mallorca y Menorca mientras que los dominios de las maquias subforestales van perdiendo porte desde el acebuchal menorquín y norte-mallorquín a la maquia acompañada de lentisco y palmito en las Pitiusas. La fauna pitiusa es, asimismo, más ibérica que balear, una característica que, según parece, ya se manifestaba en los paleoambientes prehumanos con presencia de mamíferos terrestres únicamente en las Gimnesias y con una notable singularidad de la comunidad ornítica pitiusa (Alcover, 1999: 198).

El medio natural, por tanto, si bien no distribuye ninguna variable de forma homogénea sobre la totalidad del archipiélago, tampoco hace correlacionar espacialmente a ninguna de ellas. Con ello, el medio natural balear presenta diferencias temáticas no repetidas, agrupando, enlazando y conectando las islas con todas las intersecciones posibles: Pitiusas (Ibiza y Formentera) y Mallorca frente Menorca desde el punto de vista geológico y geomorfológico, Menorca y mitad norte de Mallorca ante las Pitiusas y la mitad sur de Mallorca si analizamos el clima y, por último, Pitiusas vs. Gimnesias (Mallorca y Menorca) desde la óptica biogeográfica. Las islas Baleares, diversas pero bien vinculadas y relacionadas, existen desde el punto de vista del medio natural y sólo se nos desvanecen si nos aproximamos a ellas con excesiva especialización temática. El mapa 2 nos dibuja las similitudes y enlaces interinsulares del medio natural balear.

Con matices, el modelo de similitudes y enlaces humano y cultural, presenta notables semejanzas con el del medio natural. Así en cuanto al hábitat y al poblamiento tradicional Mallorca y Menorca, las primitivas Baleares, presentan destacadas analogías frente al modelo pitiuso presente en Ibiza y Formentera. Las casas rurales mallorquinas y menorquinas, aunque diferentes, guardan mucho más parecido tipológico entre sí que con las ibicencas y formenterenses. Las primeras, casas de crujías y vertientes en una o dos plantas, están emparentadas con la casa rural catalana, las mallorquinas con la Cataluña seca tarraconense y las menorquinas con la Cataluña húmeda ampurdanesa (Deffontaines, 1967: 216). Por el contrario la casa rural pitiusa es muy diferente e individualizada con respecto a sus vecinas mallorquinas y menorquinas. Está formada a partir de módulos cúbicos y paralelepípedicos y con azotea en lugar de tejado y se le suele otorgar un origen púnico (Joachim, 1991: 122-130)⁷.

⁷ Algunos autores (García-Delgado, 1998: 74) han visto en la casa rural balear la expresión de la ajeña colonización púnica y romana, la primera intensa en las Pitiusas desde el siglo VI a.n.e. mientras que la segunda llegará a las Baleares cuatro siglos más tarde, en el II a.n.e. En este sentido la casa púnica pitiusa y la romana de Mallorca y Menorca habrían sido las «primeras casas tipo» de los tiempos históricos. Unas casas tipos que se habrían mantenido hasta que el siglo XX arrasara con todo.



Mapa 2. Similitudes y enlaces interinsulares del medio natural.

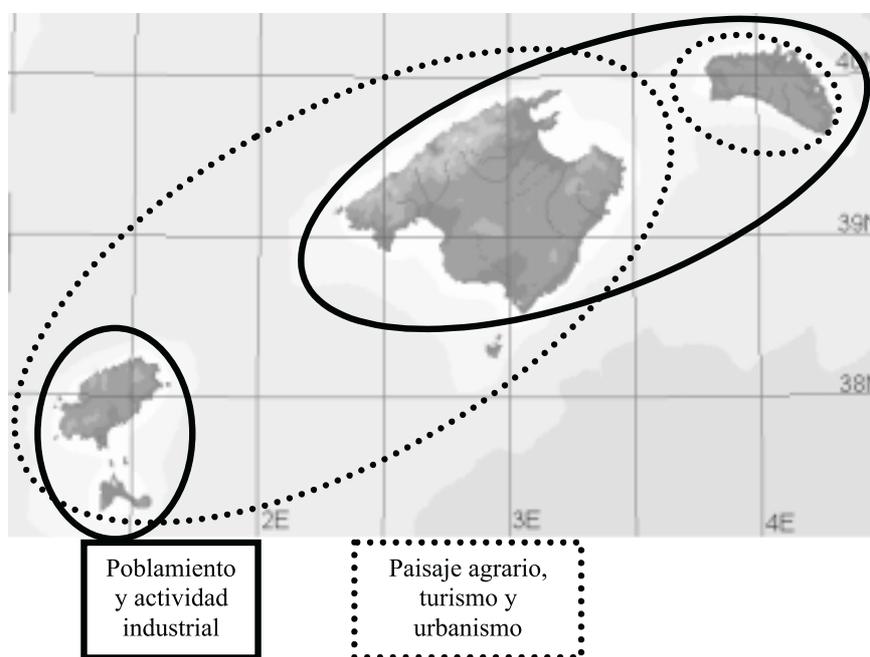
En cuanto al poblamiento tradicional el modelo ha sido muy similar al expuesto cuanto a la arquitectura rural. Mallorca y Menorca han sido, y especialmente esta última en gran medida sigue siendo, de poblamiento concentrado en ciudades y villas, mientras que en el caso ibicenco la dispersión es, y ha sido, la norma. Hasta la conquista cristiano-catalana del siglo XIII el modelo fue muy parejo en todas las islas, ciudades portuarias amuralladas — Palma, Ibiza, Mahón y Ciudadela— y dispersión rural en extramuros. A partir de la política de concentración emprendida desde el siglo XIV, Mallorca y Menorca concentrarán la población rural en las pueblas de nueva creación mientras que en las Pitiusas se seguirá e incluso acentuará la dispersión. Por lo tanto hasta mediados del siglo XX, a las puertas del desarrollo turístico, Mallorca y Menorca han presentado un poblamiento concentrado en pueblos y ciudades, mientras que Ibiza y Formentera presentaban concentración únicamente en la capital ibicenco, «Vila», y mantenían la dispersión minifundista por todo el campo pitiuso.

Sin embargo, al acercarnos al paisaje agrario, queda nuevamente destruida la dualidad gimnesias-pitiusas. En efecto, Menorca tiene muy poco en común con las otras islas; sometida a la fuerte y constante tramontana y con una antiagrícola abundancia de piedras, su paisaje agrario es casi exclusivamente ganadero. Forrajes, cercas de piedra y ganado vacuno dominan entremezclándose con vegetación natural y algunos recientes regadíos, con una casi total ausencia de arboricultura hasta el punto de haber sido llamada la isla «vacía de árboles» (Bisson, 1964: 63). Por el contrario de Mallorca se ha dicho (Deffontaines, 1967: 186) que desde el aire aparece como un inmenso racimo de árboles, una característica que, en parte,

comparte con Ibiza. Pero si el paisaje agrario menorquín es fundamentalmente de pasto y vacas, el mallorquín e ibicenco se caracteriza principalmente por la combinación, por la mixtura, del cereal con la arboricultura: almendros, algarrobos, higueras y, únicamente en la montaña mallorquina, olivos.

El modelo Mallorca-Menorca vs. Ibiza-Formentera vuelve a funcionar para describir la actividad industrial del archipiélago. Mientras las dos primeras islas cuentan con una tradición industrial que en algunos casos se remontan al siglo XVIII, las Pitiusas pasaron de la sociedad agraria a la turística sin apenas desarrollo industrial. Hoy la industria básica es casi exclusivamente mallorquina y menorquina mientras que la ibicenca y formenterense es de carácter no básico.

El turismo, como los paisajes agrarios o las formas de relieve, vuelven a emparentarnos el subarchipiélago pitiuso con Mallorca, singularizando el producto turístico y urbanístico menorquín. En efecto, la ya mencionada vía menorquina al crecimiento, más o menos vigente hasta la década de los años 80, mantenía un equilibrio económico intersectorial muy superior al propio de Mallorca e Ibiza, muy especializado en el subsector turístico y con una respuesta urbanística que creó el verbo balearizar como sinónimo de crecimiento desordenado. La inauguración del nuevo aeropuerto menorquín en 1968 supondrá el despegue de un turismo que, por desarrollarse con algo de retraso con respecto a las otras islas será cuantitativamente menor y cualitativamente más extensivo, como mandan los cánones del segundo «boom» turístico (mapa 3).



Mapa 3. Similitudes y enlaces interinsulares del medio artificial.

A la vista de lo que llevamos diciendo se impone concluir que lo balear sí existe, al menos como relación de proximidad entre «las islas más aisladas del mediterráneo». El análisis sectorial de las distintas variables a escala del archipiélago puede inducir a pensar que «lo balear no existe», sin embargo el examen conjunto de todas ellas nos aclara que nos encontramos ante «un conjunto de conjuntos sin disjunciones», tanto si el estudio se centra en los componentes naturales de las islas Baleares como en los artificiales.

2. SIMILITUDES INTRAINSULARES: COMARCAS Y REGIONES

El análisis regional de similitudes y funcionamiento impone el descenso a la escala intrainsular, la escala que permite acercarnos a lo que, en territorios peninsulares, se entiende por comarcas y/o regiones. Normalmente, para un observador peninsular, una isla es una unidad geográfica de límite tan nítido y contundente que difícilmente admite divisiones interiores. La línea de mar absorbe todo el interés delimitador del analista que va en busca de la «división regional», pues suele basarse en aspectos formales de la realidad geográfica. Sin embargo cuando el interés se centra en la organización regional la división formal cede ante los aspectos funcionales y organizativos, ahí la línea de mar ya no resulta tan importante, afloran aspectos de estructura interna y de conexión con el exterior. Veamos, a escala intrainsular, cuáles son las similitudes y los aspectos organizativos más destacados de las islas Baleares.

Los escasos 3.640 km² de la mayor de las Baleares apenas dan juego para la división del analista regional situado en escalas y órdenes de magnitud peninsulares o continentales. Sin embargo, situados en el interior de cada una de las islas, aflora la diferencia formal y el papel funcional de cada una de las piezas del territorio. Como ya apuntamos lo formal es más notable si analizamos comarcas naturales o geográficas, mientras que si saltamos a la temática urbana los aspectos funcionales aparecen como más importantes que los estrictamente paisajísticos.

2.1. Comarcas naturales

Normalmente ha sido el análisis del relieve lo que ha sugerido la diferenciación comarcal, el clima y la respuesta biogeográfica normalmente han sido consideradas subsidiarias de la primera variable formal, el modelado topográfico.

Es Mallorca la isla que presenta las más claras diferencias de este tipo de variables geográficas. La isla responde a un modelo general de dos pilares tectónicos —la sierra de Tramuntana del NW y la de Levante del SE— entre las cuales se ubica la fosa de la depresión central. De ahí que Pierre Deffontaines hablara de relieves que dividen la isla en franjas paralelas orientadas de NE a SW (Deffontaines, 1967: 179). Sin embargo no han faltado autores que, apoyándose también en la percepción popular, han diferenciado los relieves tabulares de los bordes costeros de la depresión central, las marinas, del interior topográficamente más irregular donde la pequeña elevación permite otear el resto de unidades.

Ibiza, en línea con Mallorca, es enteramente calcárea y de relieves alpinos alineados en tres series tectónicas de vergencia NW. El relieve más abrupto es el del norte, *els Amunts*, mientras que los más elevados se localizan en los relieves del sur, en las *serres* de *Sant Josep*. Entre estos relieves se sitúa el corredor llano que une la capital de la isla, *Vila*, con *Sant Antoni*. El modelo mallorquín de franjas paralelas de Deffontaines tiene su trasposición en el

archipiélago pitiuso y así mientras toda la isla de Ibiza se corresponde con la sierra de Tramuntana, la tabular Formentera se correspondería con la depresión central mallorquina.

Menorca, tildada de «tabla pedregosa» por Jean Brunhes, diferencia su mitad norte —*Tramuntana*— de la sur —*Migjorn*— y aun no faltan autores que individualizan la franja central o *Mitjania*. Los relieves menorquines son mucho más modestos que los mallorquines o ibicencos con lo que la división formal deriva preferentemente del color negro y pardo del paleozoico y del rojo silíceo del triás inferior, todos ellos en la comarca de Tramuntana. El sur, el Migjorn, es blanco —calcáreas terciarias postorogénicas— y llano pero surcado por profundos barrancos perpendiculares a la costa meridional.

El clima y la respuesta biogeográfica, más allá del ya comentado gradiente NE-SW, únicamente presenta variaciones significativas en el interior de Mallorca. Tales variaciones climáticas y biogeográficas descansan sobre todo en la topografía, de tal manera que el mosaico pluviométrico y vegetal discurre entre los 1500 litros anuales de la boscosa vegetación de la *serra de Tramuntana* y los 300 litros de la raquílica maquia del sur de la isla.

Las comarcas naturales de las islas Baleares responden a una distribución en donde se superpone una respuesta biogeográfica norte-sur a un relieve de disposición NW-SE. El resultado es un abanico que únicamente individualiza comarcas significativas en el interior de Mallorca. El abanico natural, con eje en el extremo oeste de Mallorca, se despliega desde la abrupta, lluviosa y forestal *serra de Tramuntana*, al llano, arbustivo y semiárido sur de la isla, pasando por el subhúmedo y variado —topográfica y vegetalmente— centro y NE de Mallorca. Las dos últimas zonas son asimilables, desde la óptica de las comarcas naturales, a las semiáridas islas Pitiusas y a la subhúmeda Menorca, una asimilación que sólo frena el matiz geomorfológico, especialmente al poner en relación la semiaridez del llano sur mallorquín con la del moldeado relieve ibicenco.

2.2. Comarcas geográficas

La comarca geográfica, propia de trabajos normalmente tildados de historicistas, es pensada y concebida como aquella que, en palabras de Max Sorre, se caracteriza por el dominio de un paisaje o por la combinación definida de paisajes. La labor delimitadora de estos paisajes o sus combinaciones ha devenido tarea primera del quehacer geográfico, hasta el punto de asignar a la geografía el casi único objetivo de la «diferenciación de áreas» en expresión de Richard Hartshorne.

El espiritualismo cualitativo de estas concepciones a menudo ha recurrido a las visiones literarias para «comprender la realidad geográfica» más allá de las frías explicaciones positivistas, un intento de comprensión que no puede huir de la contemplación de los efectos geográficos de la historia. Amparado en este tipo de concepciones Marius Verdaguer, en una referencia a Menorca que puede hacerse extensiva a todo el archipiélago, ligó el tiempo histórico con el espacio geográfico en una aproximación muy propia de lo que se ha venido llamando comarcas geográficas:

Es tal la cantidad de historia que ha pasado por la isla, que la tramontana no ha podido limpiar la atmósfera pesada y palpitante, de recuerdos, de tradiciones, de dominaciones. (Martí, 1973: 7).

Menorca ha sido vista como la isla del viento y las piedras subrayándose su llana y recóndita belleza destacable por sus variopintos coloridos:

Las influencias conjugadas del mar, el terreno rocoso y el viento de tramontana (...) confieren un carácter muy peculiar a la isla, rica en colores de peñascos y tierras: gris, ocre, negrizo, rojo, con islotes verdes de las zonas boscosas, las pinceladas de cal de la pulpérricas casetas campesinas y allá en el fondo la línea azul (...). (Martí, 1973: 16-17).

Por su parte el tipismo y la constante variedad han sido reflejados en las visiones literarias de los paisajes ibicencos:

El encanto principal de la isla es la variedad (...): llanura y montículos; huerto, secano y bosque; costa y tierras interiores; casas esparcidas, cultivos, arboledas, y la vastitud del mar, atalayado entre el ángulo de dos montañas. (Villangómez, 1981: 24).

En cuanto a Formentera ha sido la insularidad, la pequeñez de la tierra emergida ante la inmensidad del mar lo que más ha llamado la atención del observador, incluso por encima de la aún más pequeña Cabrera:

Formentera, en el sur del archipiélago, es la más africana de las islas. Una isla verdaderamente isla, un trozo de tierra rodeado de agua, invadido por el espacio abierto. La impresión insular, marina, que Formentera produce, es hasta superior a la que da Cabrera, la isla menor, donde vaguadas y calas, montículos, simulan una geografía de configuración sólida, continental. (Porcel, 1968: 105).

Pero dejando aparte el paisaje minifundista de la arbolada agricultura ibicenca y el latifundista de la ganadera y desarbolada Menorca, es nuevamente Mallorca la única isla que cobija lo que desde la literatura geográfica se ha venido a llamar, con algo de tautología, comarcas geográficas, lo que los economistas suelen llamar comarcas formales y que en realidad suele referirse a la transformación que la agricultura y la ganadería han fraguado sobre las comarcas naturales. En el caso de Mallorca Josep Pla fotografió literariamente estas comarcas y Rosselló Verger las dibujó geográficamente, las describió y mapificó.

En el transecto llano-montaña, *Pla i Muntanya*, recorre las unidades formales más diferenciadas de la geografía mallorquina. Al respecto Josep Pla describía, desde el llano central hasta la montaña noroccidental, la variedad paisajística que ambos mundos ofrecen al espectador desde una carretera cualquiera que discurra entre la depresión central y la sierra de *Tramuntana*:

A ambos lados se ven los almendros, los algarrobos, los olivos. Almendros en flor, envueltos en un aire entre lila y rosa. (...) A sus pies, los trigos menudos posan bajo los árboles amplias manchas de verde mojado. (...) Por entre los árboles, de vez en cuando, se ve una casa de «possessió», admirablemente bien colocada, sabrosa, un

poco decrepita, tostada, con una palmera ante la puerta, una palmera que se ofrece al sol con una gracia masculina y al mismo tiempo infinitamente lánguida. (...)

A medida que nos acercamos al abanico de montañas de la costa norte, los almendros se hacen raros: los algarrobos duran un poco más; empieza, entre el olivar, el matorral. (...) Cuando la carretera empieza a serpentear por los primeros contrafuertes montañosos aparecen los rincones cerrados y los pequeños valles dulcísimos con limoneros y los naranjos en un aire estático y los huertecillos minúsculos, tan calientes y resguardados, sobre los cuales se pone una calma parada y una luz de ensueño. (Pla, 1970: 118-9).

Como se ve, lo único que suele aparecer en este tipo de visiones que los literatos han descrito es naturaleza (viento, mar, montañas) y agricultura, ya sea en forma de casas campesinas o de cultivos. Y es que las comarcas geográficas son deudoras, como dijimos, de la descripción de la huella que sobre la naturaleza produjo la agricultura y la ganadería. Será precisamente un estudio de Rosselló Verger sobre el regadío en la isla de Mallorca (Rosselló, 1964) el que planteará la primera división de la isla en comarcas geográficas (mapa 4). Un mapa, el de Rosselló de 1964, que sería llamado a ser el más influyente, de los elaborados por geógrafos, entre la literatura territorial mallorquina del último tercio del siglo XX.

En efecto, en el vacío intelectual que imperaba en el campo territorial de los años 60 y 70, el mapa de Rosselló representó el núcleo de condensación a partir del cual se implementaron, y en gran medida siguen implementándose, gran número de políticas y planes territoriales. Se trata de una comarcalización erróneamente calificada de física, fisiográfica o natural, y que



Comarcas de Mallorca: 1. Muntanya (Sierra principal). 2. Raiguer (Piedemonte). 3. Pla (Llano central). 4. Llevant (Levante). 5. Migjorn (Sur y sureste).

Mapa 4. Las comarcas geográficas de V. Mª Rosselló (1964).

en realidad se basa en la geografía regional francesa y se inspira en los términos paisajísticos tradicionales (Barceló, 1977: 3). Entre los elementos usados por Rosselló para la confección de su mapa se enfatizan los propios de las comarcas geográficas: naturaleza, cultivos y características del poblamiento.

Las comarcas planteadas por Rosselló en 1964 fueron cinco: *Serra de Tramuntana*, *Llevant*, *Pla*, *Migjorn* y *Raiguer*. El mapa comarcal se construye en base a las unidades municipales que, por agrupación, forman la comarca. Las características de base para la agrupación fueron, ya lo dijimos, naturales y agrarias aunque los topónimos usados para nombrarlas fueran naturales (*Serra de Tramuntana*, *Pla* y *Raiguer*) o referentes a su localización (*Llevant* y *Migjorn*). *La Serra de Tramuntana* agrupa los municipios de orografía mayoritariamente montañosa ocupados por latifundios olivareros y pequeñas huertas de fondo de valle; *el Pla* lo forman términos municipales del cereal y el arbolado con una distribución regular de núcleos agrupados; *el Raiguer*, topónimo que se rescata de tiempos de la conquista, agrupa términos municipales mitad llanos y mitad montañosos individualizando un piedemonte de más difícil percepción en los análisis estrictamente geomorfológicos; la comarca de *Llevant*, el finisterre oriental mallorquín, lo forman las municipalidades más elevadas de la sierra del mismo nombre; por último, *el Migjorn*, comarca analizada por Rosselló en su tesis doctoral (Rosselló, 1964), agrupa las jurisdicciones locales dominadas por la aridez del tabular sur con su consecuente baja densidad demográfica y de poblamiento.

Las comarcas de Rosselló experimentarían un importante proceso de evolución desde su inicial configuración y planteamiento de 1964. Popularizadas especialmente a partir de la obra geográfica de Bartomeu Barceló, muchas han sido las propuestas, planes y proyectos basados en el primitivo mapa de 1964, un documento que, aun sufriendo un forzado proceso de adaptación a las necesidades de cada analista o planificador, sigue como poso básico de la mayor parte de mapas comarcales planteados sobre la isla de Mallorca. Este proceso de evolución contorsionista no es más que el reflejo de un no menos contorsionista proceso de transformación territorial de la Mallorca agraria. El peso urbano de Palma o la litoralización turística de la isla provocan la irrupción de nuevas comarcas como la metropolitana o la de las bahías del NE (Barceló, 1968: 117-132) que, atendiendo a variables diferentes a las consideradas por Rosselló en 1964, se encastan en el mapa original provocando una confusión que en nada ha favorecido la comprensión de la realidad territorial de Mallorca.

En cualquier caso, más allá del campo de la geografía académica, la trascendencia de las comarcas de 1964 ha sido notable. Dicha trascendencia se ha manifestado, sobre todo, desde la década de los años 80, cuando las administraciones locales y la autonómica empezaron a asumir compromisos y competencias para resolver los problemas territoriales que se iban generando en la Mallorca de la segunda mitad del siglo XX, los problemas territoriales propios del crecimiento urbanístico, demográfico y turístico experimentado.

Así, desde la libre asociación, se plantean las mancomunidades de municipios para resolver, en primer lugar, los problemas derivados de la recogida y tratamiento de residuos. En la base del mapa de las mancomunidades, y sobre todo en los topónimos utilizados para su denominación, de descubre fácilmente el mapa de Rosselló, el único «mapa de comarcas» académicamente oficial. En el mismo sentido las ayudas de los programas europeos se territorializan a partir de un «mapa variable» pero que recuerda sin ningún tipo de dudas el mapa de 1964. Aun cuando se trate de programas de finalidad tan distinta como los del objetivo 5b

(áreas rurales en declive) o 2 (áreas industriales en declive), se implementan las políticas de ayuda europea sobre el mapa de base agraria de 1964. Un desaguado propio de los economistas comunitarios que basan sus políticas en índices económicos completamente descontextualizados.

Desde el campo de la ordenación del territorio la administración autonómica no ha sido ajena a la confusión provocada por el uso de piezas agrarias para ordenar una isla ya tan poco campestre como la conformada por fenómenos tan «nuevos» como el turismo y el urbanismo de la segunda mitad del siglo XX.

En el marco de la Ley de Ordenación Territorial de 1987 los llamados Planes Territoriales Parciales (PTP) pretendían (art. 5) ordenar *áreas geográficas supramunicipales de características homogéneas* o bien aquéllas que requirieran una *organización infraestructural y de equipamientos de tipo comarcal*. Entre 1987 y 1999 se hicieron varios intentos de elaborar tres PTPs, el de la serra de Tramuntana, el del Pla y el del Raiguer, los tres, como se ve, de nombre y raigambre nítidamente rosselloniana; incluso, en 1997, el avance de las Directrices de Ordenación Territorial (DOT) llega a plantear completar el mapa de Mallorca con PTPs de los ámbitos litorales (norte, sur-levante y bahía de Palma) no cubiertos por los tres anteriores (DOT-Avanç, 1997: 53). Se había empezado a partir de tres piezas preturísticas rossellonianas y, ahora, los restos que quedaban en el mapa eran de marcado carácter turístico.

La organización administrativa de la comunidad autónoma en Consejos Insulares hacia inviable, para el caso de Mallorca, la ordenación fragmentada de las islas a partir de piezas diferentes, máxime teniendo en cuenta que los organismos insulares ya habían asumido competencias en urbanismo y aspiraban a asumirlas en ordenación del territorio. Finalmente la aprobación definitiva de las DOT (1999) contempló la ordenación de cada una de las islas mediante un único PTP, un año después (2000) la nueva LOT rebautiza los Planes Territoriales Parciales como Planes Territoriales Insulares (PTI) y al año siguiente (2001) se transfieren a los consejos insulares las competencias para elaborarlos y aprobarlos.

Se cerraba así la desafortunada página del uso de las comarcas geográficas de Rosselló para un cometido que en ningún momento había sido planteado por su autor. La base agraria del mapa de 1964 lo hacía del todo inoperativo para ordenar unas formas y funciones que emergían del desarrollo urbano que, desde los años 60, iba tejiendo el territorio turístico.

2.3. Regiones urbanas

El análisis urbano de cada una de las islas deja al descubierto unas áreas de influencia que poco o nada tienen que ver con el dibujo resultante del análisis geográfico formal, con el mapa de comarcas geográficas de sesgo paisajístico agrario.

Menorca, que en términos paisajístico-naturales se divide en una mitad norte (Tramuntana) y una mitad sur (Migjorn), en términos urbano-funcionales cabe diferenciar su mitad occidental bajo la influencia de Ciudadela de la centro-oriental que gavita directamente sobre Mahón. La antigua capital, la aristocrática Ciudadela, emplazada y amurallada a un flanco de su pequeña rada, contrasta con la burguesa y portuaria capital: Mahón, beneficiaria de su emplazamiento en el mejor puerto natural del Mediterráneo occidental.

Por su parte Ibiza, con el desarrollo turístico, ha vivido una transformación urbana radical: de un sistema urbano de un único núcleo concentrado, la capital, el desarrollo de los 60 y 70 ha

hecho emerger, prácticamente de la nada, dos importantes núcleos a escala insular: Sant Antoni y Santa Eulàlia. Dos núcleos que sumados a la capital, *Vila*, forman el triangulo urbano más equilibrado si lo comparamos con la bicefalia menorquina y la macrocefalia de Mallorca. Tres núcleos que se reparten la influencia sobre el paisaje amontado y minifundista de Ibiza.

Pero ha sido en Mallorca donde la magnitud de los núcleos ha permitido describir y discutir sobre comarcas urbanas. La función de puerta hegemónica y casi única con el exterior –como mínimo desde la Mallorca musulmana- del puerto de Palma, ha conferido a la capital un crecimiento formal muy superior al resto de núcleos urbanos de la isla, una función puerta o frontera que en algún momento se ha tildado de hipertrófico. De ahí la concepción, predicada por el discurso geográfico local⁸, de toda la isla de Mallorca como una única región urbana, un discurso que frecuentemente ha sido entendido en el sentido de que «toda Mallorca es un área urbana» confundiendo la funcionalidad derivada de la base económica local con la formalidad de sus paisajes.

La macrocefalia demográfica y económica de Palma no ha impedido que algunas poblaciones, sin superar el 15% de la magnitud de la capital, hayan cumplido ciertas funciones de cabecera comarcal, sobre todo cuando los bajos índices de motorización frenaban el acceso a Palma de los núcleos rurales. Entre estas cabeceras o, si se quiere, subcabeceras han destacado sobretodo Inca y Manacor. La primera adosada a la serra de Tramuntana y a mitad de camino entre los puertos de Palma y Alcudia, la segunda se incrusta entre los relieves más suaves del levante mallorquín, entre la marina litoral y las mejores planicies cerealistas de la isla.

La función comarcal de Inca y Manacor empezó a forjarse a partir de su constitución, en el siglo XIX, como cabeceras de los respectivos partidos judiciales que, juntamente con Palma formarían un mapa judicial perfectamente equilibrado superficialmente pero con una relación 2/1/1 a favor de la capital en cuanto a la variable población. Sin embargo no será hasta la década de 1940 cuando las tres ciudades alcancen la cima del sistema urbano mallorquín, una situación que se mantendrá hasta que la ciudad turística desbanque a la ciudad industrial del siglo XIX y primera mitad del XX. Ello acontece en 1990 cuando Calvià supera a Inca en población de derecho.

El triangulo urbano Palma-Inca-Manacor, en su momento, ve vio impulsado por la creación de la red ferroviaria de Mallorca que, entre 1875 y 1879, unirá las tres localidades con el puerto de Palma fomentándose de esta manera la vocación exportadora de los sectores agrario e industrial de la Mallorca preturística. Así, y especialmente desde los años 40 del siglo XX, a la gran área comercial que Palma desplegaba sobre la totalidad de la isla, se unirían dos subáreas comerciales que, con cabecera en Inca y Manacor, formaron lo que podríamos llamar las dos únicas subregiones urbanas por debajo de la dominante región urbana de Palma de alcance insular.

Este esquema urbano tripoidal, aunque desequilibrado a favor de Palma se verá reforzado por algunas actuaciones oficiales como el plan director de ordenación sanitaria de 1987. Hoy, en el campo de las regiones nodales, sigue estando presente en el modelo de organización territorial de Mallorca. No obstante, como veremos, la estructura territorial turística lo va desvaneciendo y diluyendo paulatinamente.

⁸ Sobre todo a partir de la influyente obra de geografía urbana de Alberto Quintana (1948-1978), publicada entre 1973 y 1979. Al respecto véase especialmente su tesis doctoral (Quintana Peñuela, 1979).

2.4. Regiones difusas

La sociedad y el territorio que conformará la economía turística en la segunda mitad del siglo XX irán avanzando gradualmente sobre el medio geográfico que había construido la actividad industrial y agrícola-comercial, especialmente a partir del crecimiento experimentado entre 1920 y 1940. De lo que fue aquella pleamar de la economía y el territorio preturístico queda aún un reflejo indirecto en el desvertebrado triángulo urbano nodal Palma-Inca-Manacor.

El crecimiento balear en la segunda mitad del siglo XX ha sido completamente inducido por la evolución de las economías europeas de posguerra. Si bien la fase anterior ya fue una etapa colonial dependiente del exterior en el sentido que era dependiente de la exportación de la producción agraria e industrial que se llevaba a cabo a través del puerto de Palma, la nueva etapa se basará en la actividad turística y se apoyará, no ya únicamente en los puertos de las islas sino también, y sobretodo, en sus aeropuertos. De hecho el «retraso menorquín» a la incorporación al modelo balear de crecimiento es atribuible, en gran medida, al «retraso» en la construcción de modernas infraestructuras aeroportuarias.

El paisaje se transformará y el territorio se litoralizará de forma más o menos homogénea, en las islas de Mallorca e Ibiza, mientras que en la isla de Menorca la litoralización revestirá formas, por tardías, menos balearizadas⁹. La gran creación territorial de la segunda mitad de siglo XX es la «zona turística» evidentemente costera, una zona hecha a la moda del urbanismo inspirado en el «zoning» de la carta de Atenas pero ahora dependiente de una ciudad o ciudades extrainsulares. Es la manifestación, en las islas Baleares, de la ciudad dispersa europea que se organiza espacialmente en lo que se ha venido en llamar la región difusa.

En este contexto no es posible analizar los aspectos regionales derivados del hegemónico sector turístico insular a partir de la fragmentada, ahora también espacialmente, contemplación del «pedazo de solar» europeo que llamamos islas Baleares. Únicamente cabe la constatación de la homogeneidad resultante de la efectiva incorporación del archipiélago a la tela de araña de regiones difusas europeas. Una homogeneidad en principio funcional y que formalmente sólo afecta a las zonas turísticas, sin embargo si se mantiene la especialización residencial y turística del archipiélago en el contexto de las regiones difusas europeas, una vez vencida, a medio-largo plazo, la resistencia de las formas espaciales heredadas no hay duda que la homogeneización formal afectará a la totalidad de las islas Baleares. Véase sino lo que se afirma desde Menorca, la menos turística de las Baleares, en el contexto de la redacción de su Plan Territorial Insular:

*Creemos que la solución pasa por considerar todo el crecimiento (excepto los núcleos tradicionales) como crecimiento turístico, sin diferenciaciones para viviendas unifamiliares o plurifamiliares, apartamentos residenciales o turísticos u hoteles.
(...)*

⁹ El término «balearización» se acuñó y popularizó en los años 60 y 70 del siglo pasado haciendo referencia a la particular forma de crecimiento descontrolado, intensivo y carente de todo tipo de previsión a medio plazo.

Todo el territorio (excepto los núcleos tradicionales) es zona turística y por tanto se regirá con criterios de ordenación basados en la planificación turística, superando la vieja diferenciación entre suelo residencial y turístico dentro de los núcleos.

(Manchado, 2001: 217)

Las políticas de ordenación del territorio desarrolladas por las comunidades autónomas tienden precisamente a ensamblar los respectivos territorios autonómicos con la estructura territorial europea (Rullan, 1999b: 9-10); en el caso de las islas Baleares la europeización territorial se refleja, asimismo, en el definitivo abandono de una política de ordenación territorial de ámbito comarcal y en el reconocimiento de la necesidad de afrontar los problemas territoriales a escala de archipiélago (Directrices de Ordenación Territorial de 1999) y de isla (futuros Planes Territoriales Insulares). Este planteamiento siempre ha sido contemplado en el caso de Menorca e Ibiza-Formentera¹⁰, sin embargo la discusión comarcal mallorquina, hasta 1999, mantenía la posibilidad de una organización comarcal supralocal e infrainsular. Tal posibilidad ha sido descartada, reconociéndose implícitamente la tesis de Alberto Quintana de los años 70, proclamando que «a una única isla, un único plan». El territorio turístico no admite visiones y planteamientos fragmentarios, las piezas insulares de las regiones difusas europeas deben ser tratadas homogéneamente, como destinos «únicos».

En otro orden de cosas el mapa administrativo dispuesto para organizar y gobernar la parte de la región difusa europea que se localiza en las islas Baleares dista mucho de armonizar con la dinámica territorial que venimos describiendo. Si la organización económica internacional vive un inapelable proceso de centralización de decisiones y de desconcentración de actuaciones, la complejidad del mapa administrativo de las islas Baleares hace difícil pensar en la posibilidad de intervención real y efectiva de los gobiernos en la dinámica de aquellas decisiones económicas cada vez más centralizadas y de actuaciones cada vez más desconcentradas. Hasta nueve diferentes niveles administrativos pueden llegar a superponerse en algún lugar de las islas Baleares¹¹, lo cual ha inducido a pensar a algunos autores en la ineficacia e ineficiencia de la administración para gobernar las dinámicas que, a todos los niveles, imponen las centralizadas y contundentes decisiones de los agentes económicos.

3. COMARCAS FORMALES VERSUS REGIONES FUNCIONALES: UN FALSO DEBATE

La polémica comarcal que en el último cuarto del siglo XX se ha establecido con respecto a la ordenación y organización territorial de la isla de Mallorca se ha autoalimentado como consecuencia de la confusión y/o diálogo de sordos establecido entre quienes entienden el territorio desde el punto de vista formal y los que lo hacen atendiendo a los aspectos funcionales.

¹⁰ Con algunas reticencias por parte de Formentera con respecto a Ibiza que quedan contempladas en el trámite de aprobación del Plan Territorial Insular de Ibiza y Formentera y en la asunción por parte del planeamiento urbanístico formenterense de algunas potestades «territoriales».

¹¹ Unión Europea, Estado español, Gobierno de las Islas Baleares, Consejo Insular, Mancomunidad, Ayuntamiento, Entidad local menor, Consorcio y Empresa o entidad pública.

Frente a la resistencia al cambio de la forma, la función es mucho más variable y, por si fuera poco procesos diferentes pueden dar lugar a formas muy semejantes (equifinidad), mientras que iguales procesos es posible que desarrollen formas dispares (multifinidad). En estas circunstancias mientras algunos autores han predicado la necesidad de organizar el territorio sobre regiones formales y homogéneas, otros han manifestado que la organización territorial debe descansar sobre la región funcional y, consecuentemente, formalmente heterogénea.

Los primeros, no siempre geógrafos, partían de la equívoca creencia que el mapa de comarcas formales de Rosselló de 1964 pretendía organizar la isla de Mallorca, cuando en realidad únicamente perseguía su clasificación a efectos de la agregación en municipios homogéneos de los datos referidos al regadío mallorquín. Se trata de quienes creen que la ordenación del territorio se consigue a partir de una correcta «división comarcal». Los segundos, no siempre economistas, han hecho hincapié en la necesidad de ordenar la isla de Mallorca a partir de los polos de actividad económica organizadores de las llamadas comarcas nodales. Se trata de quienes creen que la ordenación del territorio se consigue a partir de una correcta «estructura territorial». Los primeros solían pensar en la existencia de la comarca «en sí», mientras que los segundos piensan que la comarca es un invento que sirve para las finalidades concretas de cada momento.

En este debate sordo no faltaban los que intentaban mapas en los que Sóller debía ser el «polo nodal» de toda la serra de Tramuntana o los que desligaban municipios colindantes con Palma de su área de influencia por ser de morfología diferente a la del municipio de la capital. Un debate que podía esconder bien la incompreensión de la mutante configuración del medio geográfico, bien la desconsideración de las formas territoriales heredadas, ya fueran de carácter natural como artificial. Sin duda, y volviendo a las consideraciones que hacíamos a raíz del comentario de la figura 1, debemos convenir que el avance de lo funcional sobre lo formal no es más que el reflejo de la senda del crecimiento, un crecimiento que hace aflorar unos problemas territoriales no considerados en medios geográficos organizados más autárquicamente, medios geográficos que producen comarcas formales homogéneas.

El «trend» globalizador que vive el mundo actual asigna especializaciones funcionales dependientes de ciudades dispersas organizadas en regiones difusas, una especialización que en el caso de las islas Baleares es residencial y turística. El proceso que nos ha conducido hasta aquí, siguiendo una de las más clásicas discusiones paradigmáticas en geografía, puede ser entendido en términos deterministas o posibilistas. En términos históricos las limitaciones objetivas al crecimiento derivadas de la insularidad podían hacer pensar en frenos reales a modelos de organización territorial alternativos. En estas circunstancias el paisaje formal observable, las tautológicamente llamadas comarcas geográficas, representaría la única respuesta posible a las imposiciones del medio. En tiempos autárquicos y con relaciones regionales no globalizadas se estaba «determinado» por el medio natural local pero se tenía la «posibilidad» de cambiar de región, era «posible» emigrar.

Hoy, en un mundo de relaciones interregionales globalizadas, en el primer mundo contamos con la posibilidad técnica y económica de doblegar las limitaciones geográficas del medio, sin embargo, estamos limitados por los propios límites del planeta. De determinismo local y posibilismo global hemos pasado, en el primer mundo, a posibilismo local y determinismo global. En este contexto cabría preguntarse si ahora estamos determinados por el

medio artificial o si simplemente éste representa un condicionante que no hipoteca la posibilidad de organizar nuestro territorio. La polémica es, como se ve, la de siempre: determinismo vs. posibilismo (Rullan, 1998).

Por tanto el debate que se impone de forma prioritaria no puede consistir ya en la sorda discusión entre formalistas y funcionalistas de los últimos 25 años. La clave no radica en cómo dividir u organizar el archipiélago o cada una de las islas. No se trata de saber cómo componer internamente unas piezas del mosaico geográfico del que en realidad tenemos serias dificultades de comprensión. Previamente a toda esta discusión se impone aclarar el papel o papeles que deben jugar las islas Baleares en el contexto europeo para, posteriormente, discutir cómo organizar y ordenar el territorio. No hacerlo es renunciar al diseño del futuro de la comunidad, decir que no es posible influir en ámbitos supra-insulares o modificar el papel que, implícitamente, se asigna al archipiélago balear es alinearse, implícitamente, con los planteamientos deterministas. Un determinismo de nuevo cuño que ahora ya no se basa, como antaño, en limitaciones del medio natural y geográfico sino en factores políticos y económicos. Lo cual, de ser así, sería mucho más grave.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALCOVER, J. A., BOVER, P. et al. (1999): «Una aproximació a la paleoecologia de les illes». In *Ecologia de les illes*. Palma, SHNB-IEB: 169-204.
- BARCELÓ PONS, B. (1968): *Les Illes Balears*. Barcelona, Tàber, 202 pgs.
- BARCELÓ PONS, B. (1969): «Islas Baleares». In *Geografía Regional de España*. Manuel de Terán y Luis Solé Sabarís. Barcelona, Ariel: 302-331.
- BARCELÓ PONS, B. (1977): «Per una divisió territorial de Mallorca.» *Lluc* (675): 3-5.
- BISSON, J. (1964): «La utilización del suelo en las Baleares. Contribución al estudio de la Geografía Agraria de las Islas.» *BCOCIN* (643): 61-76.
- CAPEL, H. (1981): *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea*. Barcelona, Barcanova, 509 pgs.
- DEFFONTAINES, P. (1967): «Islas Baleares». In *Geografía de España y Portugal*. Barcelona, Montaner y Simón, vol. IV: 173-227.
- DOT-AVANÇ (1997): *Directrius d'Ordenació Territorial. Avanç*. Palma, 151 pgs.
- FARRÉ-ESCOFET, E. et al. (1977): *La via menorquina al creixement*. Barcelona, Banca Catalana. Serveis d'Estudis, 398 pgs.
- GARCÍA-DELGADO, C. (1998): *La casa popular mallorquina. Influencias de Roma, el Islam y Cataluña*. Palma, José J. de Olañeta, 223 pgs.
- HARVEY, D. (1983): *Teorías, leyes y modelos en geografía*. Madrid, Alianza Editorial, 499 pgs.
- JOACHIM, F. y ROTTHIER, P. (1991): *Eivissa. El palau pagès*. Eivissa, Taller d'Estudis de l'Hàbitat Pitiús a Eivissa, 191 pgs.
- MANCHADO, J. (2001): «La ordenación territorial en Menorca y la planificación turística.» *Boletín de la A.G.E.* (31): 215-218.
- MANERA ERBINA, C. (2001): *Història del creixement econòmic a Mallorca (1700-2000)*. Palma, Leonard Muntaner, 484 pgs.
- MARTÍ CAMPS, F. (1973): *Introducció a la Història de Menorca*. Palma, Ed. Moll.

- ORTEGA VALCÁRCEL, J. (2000): *Los horizontes de la geografía. Teoría de la Geografía*. Barcelona, Ed. Ariel, S.A., 604 pgs.
- PLA, J. (1970): *Les Illes*. Barcelona, Destino, 582 pgs.
- PONS IZQUIERDO, J. J. (2000): «Las islas Baleares y el arco mediterráneo: ¿aislamiento o integración?». In *Hacia un nuevo espacio euromediterráneo*. R. Jordá, J. Navarro and J. Miranda. Sevilla, Asociación de Geógrafos Españoles-Fundació Catalana per a la Recerca: 211-217.
- PORCEL, B. (1968): *Viatge a les Balears menors*. Barcelona, Tàber, 250 pgs.
- QUINTANA PEÑUELA, A. (1979): *El sistema urbano de Mallorca*. Palma, Ed. Moll, 281 pgs.
- ROSSELLÓ VERGER, V. M. (1964): «El regadío en la isla de Mallorca». In *Aportación española al 20 Congreso Internacional de Geografía*. Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas: 235-254.
- ROSSELLÓ VERGER, V. M. (1964): *Mallorca. El sur y el sureste. (Municipios de Lluçmajor, Campos, Ses Salines, Santanyí, Felanitx y Manacor)*. Palma. Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación, 554 pgs.
- ROSSELLÓ VERGER, V. M. (1977): *Les Illes Balears. Resum geogràfic*. Barcelona, Barcino, 198 pgs.
- RULLAN SALAMANCA, O. (1998): «De la cova de Canet al tercer boom turístic. Una primera aproximació a la geografía històrica de Mallorca». In *El medi ambient a les Illes Balears. Qui és qui?* Palma, Caixa de Balears «Sa Nostra»/Obra Social i Cultural: 171-213.
- RULLAN SALAMANCA, O. (1999a): «Crecimiento y política territorial en las Islas Baleares (1995-2000).» *Estudios Geográficos* (236): 403-442.
- RULLAN SALAMANCA, O. (1999b): «La nueva Ley del Suelo de 1998 en el contexto del neoliberalismo postmoderno.» *Investigaciones Geográficas* (22): 5-21.
- SALVÀ TOMÀS, P. (1975): ««El sistema urbano de Mallorca» del profesor Alberto Quintana Peñuela, del Departamento de Geografía, primera tesis de doctorado leída en nuestra Universidad.» *Mayurqa* (14): 262-263.
- VILÀ VALENTÍ, J. (1950): «Formentera. Estudio de geografía humana» *Estudios Geográficos* (40): 389-442.
- VILLANGÓMEZ LLOBET, M. (1981): *L'any en estampes*. Eivissa, Institut d'Estudis Eivissencs, 95 pgs.